Soplaba un viento ligero que agrupaba en la atmósfera mil nubes tempestuosas que apagaban las teas de los acompañantes del cadáver: ruga el trueno y brillaban relámpagos sombríos.

Habíase la noche refugiado á su caverna como temiendo los estragos de la tempestad que se auguraba.

El cadáver del poeta, mas imponente que nunca, habia sido enterrado en un humilde sepulcro, después de una tierna despedida de aquellos compañeros leales á quienes habia animado con el fuego de su voz en las batallas. Nadie hubiera seguramente contemplado aquel resto de un poeta sin haber derramado lágrimas del mas vivo interés y de la mas tierna simpatía. En aquella faz no solo pálida, sino trasparente, en aquellos ojos desprovistos de fuego, en aquellos labios entreabiertos en que aun pudiera imaginarse la angustia de su despedida; ¡allí estaba el poeta y allí el intrépido hijo de Marte! allí estaba todo!

La vida de aquel hombre se habia deslizado por grados, á medida que el dolor declaraba impotente aquella derruida máquina para soportarlo.

Y sin embargo, jamás habia asomado la maldicion en sus labios; solo el suspiro de conformidad, solo el gemido de resignacion. ¿Seria que velaban su lecho algunos arcángeles de la region celeste y entreabrian el estrellado pavimento en sus horas de mortal desconsuelo para presentarle el puerto seguro de la calma?

Tal vez sí, y por eso habia muerto con la sonrisa del último de los triunfos que debia alcanzar, su separacion del mundo.

Carlota aparecia en su sepulcro guiada tal vez por el tenaz destino que la habia constituido en el genio del mal del poeta, quizá para turbar el tranquilo sueño que debia gozar; pero ni al hombre ni al destino de la tierra puede ser dable alzar el pesado velo de la eternidad para amargar la vida del que en la tierra hizo infeliz.

No: la muerte es un muro impenetrable donde no llega la mano audaz de la mujer perjura á hacer perder al que reposa dulcemente. La muerte es el límite de los delirios humanos.

Carlota creyó concluir con su mision en aquel sitio de quebranto, cuando después de haber entonado una salmodia-funeral á que respondió la atmosferá con sus truenos y rayos y el aquilon con sus rugidos, lanzó una carcajada estrepitosa y desapareció.

Pagaba sin duda el sarcasmo del poeta, porque la mujer con nada se queda cuando en lugar de haber halla do aquella irónica é irrealizable felicidad, solo encontró torturas y desconsuelos eternos.

Por fortuna ya el poeta habia remontado su vuelo y estaba lejos de la risa de la mujer que no respeta ni la misma muerte para escarnecer al hombre.

¡Pobre orgullo femenil!

Mejico, 1853.

JOSÉ RIVERA Y RIO.

(Escrita para la Camelia.)